

UN ESPAÑOL HASTA LOS HUESOS

José G. Ladrón de Guevara

Anteayer fue Pablo Picasso. Anteriormente fueron Antonio Machado o Manuel de Falla, Juan Ramón Jiménez o Luis Cernuda, Jorge Santallana o Américo Castro. Mañana, ojalá muy pasado mañana, serán otros: Pablo Casals o Rafael Alberti, Severo Ochoa o Luis Buñuel, Salvador de Madariaga o Jorge Guillén. Son los españoles del éxodo y el llanto, como los llamaría uno de ellos, el poeta León Felipe. Los españoles de la diáspora. Los enormes españoles de la vida errante, transmundial, y el corazón amarrado para siempre a su tierra. Los eternos españoles pobladores de cementerios ajenos.

Anteayer le tocó a Pablo Picasso. Otro andaluz universal. Otro fuego español que se apaga a lo lejos. Un siglo, acaso mil años de pintura. Un revolucionario del arte. Un personaje increíble que, además de su rarísima ejecutoria artística -sobre la que yo, en este momento, solamente podría balbucear algunas incoherencias-, nos ofrece el permanente ejemplo de su integridad personal. Su valor humano. Su magnitud espiritual. Su capacidad creadora. Si no fuera porque la palabra genio la hemos devaluado tontamente aplicándosela a tantos mediocres, yo diría que Pablo Picasso fue un genio. Y me quedaría corto.

La muerte le ha sorprendido -¿a quien no sorprenderá la muerte? - con las manos en la masa de su pintura. Su corazón se ha parado al mediodía de un domingo francés. A las doce en punto se le vino abajo el mundo. Se acostó sobre el Sur de Francia y apretó los puños, y entornó los ojos, y se tiró de cabeza a la oscuridad definitiva. A la misma hora, más al Sur, hacia la claridad relumbrante de su Málaga natal, lejanísima ya, como un mínimo recuerdo infantil, el viento del Noreste, como un caballo desbocado, levantaba el mar, galopaba por las playas, torcía la derecha de las palmeras y aventaba la floración de los limoneros. Por la Sierra de Mijas, un retablo barroco de nubarrones atardecidos se alzaba sobre el horizonte como un muro de mármoles cerrado a la esperanza.

No han regresado los ojos de Pablo Picasso a sus luces del Sur español. No han vuelto sus manos a mojarse en la salada claridad de su Mediterráneo andaluz. Un airazo de jazmines ardidos dobla y redoba las esquinas de Málaga, como persiguiendo los pasos de aquel niño, Pablito Ruiz, desdibujado ya en el color azul marino de una acuarela donde los veleros y las palomas, las buganvillas y los geranios, los marineros y las cantaoras del Perchel se deslíen en pañuelos y adioses y lágrimas. Es la hora del asombro, de la sal y el escalofrío. Es el momento de la tristeza a todo trapo y de la soledad planeando como una mancha de gaviotas sobre los acantilados.

Yo no sé hasta qué altura de su cielo añilado, hasta qué profundidad de sus raíces milenarias, hasta qué longitud de sus litorales arrodillados frente al mar, España se habrá dolido y encogido y retorcido por la pérdida de este hombre nuestro; de este inmenso español abatido por la muerte. Español de cuerpo entero. Español hasta la oscuridad de sus huesos. De este andaluz que tanto amó a Francia y que jamás quiso ser francés. No. No lo quiso. Se resistió hasta morir. Como aquellos moros andaluces que se fueron, tampoco perdió las llaves de su casa española. Miradlo ahora. Ha muerto, como aquel otro gran artista don Francisco de Goya y Lucientes, al Sureste de Francia; tan próximo a otro enorme español, otro andaluz universal, don Antonio Machado, que casi, casi, podrían estrecharse las manos bajo tierra. Ya duerme Pablo Picasso. Ya reposa. Acaso sueña con sus días infantiles, allá, más hacia el Sur, hacia Málaga; su tierra de origen, su luz primera, la fuente de sus colores azules, rosas, añiles, blancos, morados, rojos y amarillos. Cede los noventa y dos años de su vida al amparo de una tierra que lo sostuvo, al amor de un pueblo que lo acogió y lo retuvo como criatura suya. Málaga, Andalucía, España, Europa, el mundo entero sufren la pérdida de uno de los hombres más preclaros de todos los tiempos. Porque Picasso era el arte en persona. Por eso pudo abatirlo, y destriparlo, y sepultarlo, y resucitarlo. Con una mano lo aniquilaba; con la otra, lo reconstruía. Repito que yo no puedo ni siquiera proponerme la intención de escribir cualquier cosa sobre su obra. Sería tan absurdo y tan inútil como ponerse a pintar de negro la estatura del mediodía. Yo me limito a rozar la significación de aquél que pierde la mitad de su vida y la otra mitad de su alma. Este es el momento del dolor en el costado y del llanto desatado por las cañerías de la memoria.

Ya reposa en paz aquel grandísimo hombre andaluz. Mano sobre mano. Inmóvil. Indiferente, como siempre, al resplandor de su gloria. Cerrado a la maravilla de la luz y de los colores. Sordo a las voces del amor y la amistad. Quieto. Estatua de sí mismo. Monumento de su propia grandeza. Los lienzos, virginales, desiertos, amontonados por las paredes del estudio, se enfrían en su blancura, se deshojan como los árboles de la Alameda malagueña que anteayer, domingo, a mediodía, arriaron hasta la media asta de los troncos las banderas de su verde nuevo.

Desde Granada, hoy lunes, día 9 de abril de 1973, por la tarde, mientras escucho el "Adagio para cuerda y órgano" de Tommaso Albinoni, y pasan frente a mis ventanas manadas de nubes empujadas por el viento Norte, y se estrellan y perecen contra la nieve de la Sierra, yo, un poeta andaluz, escribo sobre la muerte de mi compatriota Pablo Picasso como si no se hubiera muerto anteayer, como si no

fuera a morir se nunca. Como si nos estuviera tomando el pelo; nos gastara la broma de morir se de mentirijillas. Como si pasado mañana, a mediodía, apareciera de pronto por las puertas de su cuarto, riendo a carcajadas, gesticulando, pidiendo a gritos un jarro de vino, preguntando si han llegado ya las señoritas de Avignon, los titiriteros, los guitarristas, las cantaoras, las señoras gordas y los torerillos, los payasos y los niños tristes. Porque el domingo, por la tarde, será la función. Porque el mundo es una fiesta. Porque aquí nadie se ha muerto. Y el corazón nos funciona mejor que nunca.

Granada.

*Salón de Actos de la Escuela de
Artes Aplicadas y Oficios Artísticos.*

11 de abril de 1973